

celsa, siempre adolecerá de artificiosa, por obedecer á un atavismo tan regularizado por la tradición como los preceptos de la poética horaciana ó como los modelados de las estatuas clásicas. No digo Fulvia, rebojo moral de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, las más sublimes romanas, Cornelia y Porcia, modelos de aristócratas antiguas; madre perfecta la primera, en el sentir clásico, y esposa la segunda también perfecta en el mismo sentir, obedecen á una especie de liturgia ideada para su sexo por las generaciones y por las edades clásicas, liturgia guardada en lo doméstico y particular, como pudiera guardarse la pública en los templos oficiales y en la Religión del Estado. Mas lo primero que halláis en Madame Rolland, es una individualidad espontánea, un sér en sí, afirmando, entre todas las personalidades circunstantes, su propia personalidad, y rompiendo las tradiciones como si rompiese pesada cadena de sierva. Nacida en una casa modesta y en una familia humilde, se alza con bríos al sentimiento de igualdad, y la proclama en estilo; unas veces parecido, y otras veces superior al estilo de su maestro, Rousseau. Iniciada en los misterios y dogmas religiosos por un tío cura, creyente y virtuosísimo de veras, lleva la exaltación de sus creencias al extremo de soñar con aparecer ante la posteridad, no como aquella nueva Heloisa, tan imitada por las primeras mujeres de su tiempo, como una Santa Teresa de Jesús. Los huracanes del tiempo ábrele las puertas del monasterio donde recluyera su infancia, y del dogma religioso antiguo pasa en seguida, sin graduadas transiciones, al dogma filosófico moderno. Pero, pensando en filosofía y en política, no deja por éso de pensar en otros objetos de la natural actividad humana, en el arte y en la Naturaleza. Vedla describir las alturas descubiertas desde sus altas ventanas en París, y contarlos cómo en sus contemplaciones corre con abundante inspiración el alma sobre los viñedos en flor y los álamos recién revestidos de sus hojas; atendida á la égloga viviente de su habitual vida en el campo, cuando se come los frutos que siembra y el pan que amasa en su artesa doméstica, entre los jornaleros que se asientan al hogar después de haber herido la tierra con el trabajo creador, y las avecillas que bajan del aire á piar en sus oídos y á revolotear sobre su cabeza, procurándole todo ello una emoción tranquila y santa en el corazón, sosegado y desceñido de todas las humanas ambiciones. Luego, al abandonar la religión, el arte, la casa, el campo, el reposo, por la política, digámoslo en puridad, no la mueve personal interés ninguno; la mueve un amor exaltado, sí, mas purísimo, á la humanidad y á la República.

Pudo herir el pensamiento y el proceder de Madame Rolland mucho á la Monarquía; pudo herir tanto como á la Monarquía, también á la nobleza; pudo derribar por tierra muchos árboles malditos, de cuyas ramas pendían innumerables abusos, muerte del pueblo y vida del privilegio, mas los heridos por esta mujer extraordinaria no tienen derecho á confundirla con la esposa de Clodio y Antonio; con aquella infame que picó la fluyente lengua de Cicerón, con quien, especie de general pretorianesco y sangriento, forjó una es-

pada y se puso al frente de los bandidos dispersos por el romano territorio para ver si mataba más pronto la República y traía fuera de sazón el Imperio. Cierito: los acontecimientos revolucionarios que acaban de advenir á la vista por evocaciones de la Historia, dejan un amargor acerbísimo en los labios y cuantos van á venir al escenario de nuestros relatos nos prestarán todavía mayor acerbidad. No pueden presenciarse con indiferencia sucesos como los del veinte de Junio: la perpetua conjura; los catilenarios inspirados por las más desatentadas pasiones; aquella procesión inmensa que ruje con todos los apetitos y profiere todas las blasfemias; el doble carácter, mejor dicho, la doblez de un magistrado tan perplejo como quien preside la municipalidad parisién; las venganzas y los desquites tomados con enorme saña por las víctimas de los viejos abusos monárquicos; unos diputados dispuestos á la complicidad con quienes profanan en armas el sagrario de las leyes, otros diputados azuzadores de la caótica manifestación; aquellos bailes báquicos en el seno de la representación nacional; aquellos dicharachos escupidos á la realeza legítima; el desorden y anarquía ya consuetudinarios; la confusión de poderes y autoridades; la Milicia paralizada en su deber de sustentar el orden; invadidas las Tullerías, desacatado el Rey, insultada una mujer como la Reina, desconocidos todos los sentimientos de obediencia y desgarradas todas las leyes, como si en aquella sociedad reinase una revolución perpetua tan voraz y consuntiva, como si en vuestro cuerpo reinase una fiebre aguda sin género alguno de interrupción y de tregua. Pero yo vuelvo á mi pregunta, repetida siempre que me hallo ante una crisis, que, habiendo en sí tenido mucho de malo y de vicioso, lo cual no puede aprobarse, da un bien, como el hedor de los estiércoles puestos á las raíces de los árboles dá luego un aroma. En la contingencia humana se os aparecerán periodos muy parecidos á este periodo breve, entre la manifestación del veinte de Junio y la del diez de Agosto, con males idénticos á los males deplorados ahora, y sin su vívida fecundidad. No hay mal absoluto en la tierra. Podemos disminuirlo, pero no podemos extirparlo. Quien destruyese la muerte, dentro de las condiciones propias al hombre y al planeta, destruiría con la muerte la vida. No quitaréis de las grandes pasiones el anhelo que las acompaña, de las grandes ideas el sofisma que las sigue, del trabajo creador los sudores que lo apenan, de los verdaderos logros el esfuerzo que los granjea, de las revoluciones el cruor ó sangre que las riega, pues para quitar todo eso, necesitaríais cambiar, no el hombre tan sólo, el Universo todo. Poned á Madame Rolland, revestida de iguales cualidades que las mostradas por ella, con su genio nativo y su inspiración propia, dotada de su palabra persuasiva y de su estilo avasallador, tan abundante y tan afluente como era, ponedla en el siglo décimo-séptimo español y se meterá en un convento para ejercer desde allí el influjo ejercido por nuestras monjas más célebres en los Reyes y en los nobles y en los inquisidores, y en los Pontífices de su tiempo. Mas poned á las de Ágreda y á las de Avila, tan famosas, en tiempos, como los tiempos revolucionarios, sentirán el mismo afecto



que sentía Madame Rolland por las ideas progresivas y escribirán por los nuevos ideales con idéntico ardor empleado en apostolizar sobre los ideales antiguos. Así es el género humano; así es la humana historia. Imposible cambiarlos. Hay que sentir mucha caridad histórica y hay que tener mucha compasión al desgraciado. Continuemos nuestros relatos.

El veinte de Junio, como todos los excesos, había producido una serie de reacciones insensatas contra todo lo que aquella manifestación quisiera prosperar y en pro de todo aquello que la manifestación quisiera malherir. Desahogo de cóleras antiguas para unos, prodromo de movimientos profundos para otros, aparecía para todos como una revelación. El Rey, metido, como una fiera enjaulada, en el estrechísimo hueco de una ventana; coronado del gorro frigio cual de un vergonzoso *Inri*; bebiendo en vasija de taberna el vino peleón de la plebe, comparado con la hiel propinada en el Calvario á Cristo; blanco de insultos y amenazas; objeto de blasfemias; bajo los sables que relampagueaban á sus ojos; entre las picas que manos alevés blandían; se apareció á la consideración del mundo, cual una víctima de los errores ajenos, ofrecida en holocausto é inmolada por la ingratitud nacional. Nadie recordó que suscitara el Rey obstáculos indecibles al desarrollo de las libertades públicas; que trajera con sus provocaciones suicidas, la transformación del Estado popular, en Asamblea Constituyente; que lanzara la emigración en contra de la patria; que promoviera las coaliciones monárquicas en detrimento y daño del progreso democrático; que atrajera el rayo de la guerra, con una loca esperanza, como la de preservar el trono y herir el pueblo; que á Varennes se fuera para volverse á la cabeza de invasores ejércitos, asestados á la libertad y á la patria: veían su trono convertido en patíbulo y lloraban hasta los más revolucionarios, á la contemplación de aquella irremisible desgracia, caída sobre una corona tan espléndida y sobre una cabeza tan alta. Los periódicos reaccionarios tocaban las cuerdas más sensibles del corazón humano, y en colores muy negros, pintaban la ingratitud de los pueblos á los Reyes, como si nada debieran los Reyes á los pueblos. Echábase mano de los mayores encarecimientos por la prensa reaccionaria, para vejar á la plebe y bendecir á la corona. Corría el Viernes Santo, exclamaba un periódico, y resonaban en los espacios de Nuestra Señora las imprecaciones del inmortal Palestrina, lanzadas por coros invisibles desde lo alto y repetidas en lo profundo por otros coros, cuyas voces y cuyos acentos reunidos, parecían ecos de los dos abismos que llevamos bajo nuestros piés y sobre nuestras cabezas, del obscuro abismo de la muerte y del cerúleo abismo de la inmortalidad. Y ante la Cruz recién descubierta, entre las tristezas de los paños fúnebres y de los cirios extinguidos, á las desolaciones de aquel duelo universal en que parecían quejarse hasta los seres inanimados, oíanse palabras de divina reconvención, á las cuales diríase que se levantaban y estremecían las piedras convertidas desde su frío é inercia, en corazones movidos y calientes, por virtud de los suspiros que dirigía en su Calvario el Redentor al pueblo, su verdugo. Pueblo mío, clamaba el coro;

pueblo mío, yo te saqué del cautiverio y tú me has llevado á la Cruz; yo te dí á beber manantiales clarísimos en el desierto y tú me has dado á beber vinagre y hieles en el suplicio; yo te abracé contra mi pecho y tú á mi pecho asestaste lanzada terrible; yo mandé á tus labios el maná y tú mandaste á mis oídos la blasfemia; yo perseguí por tí á los Reyes de Canaán y tú me has coronado de espinas; yo te abrí los espacios del mar y tú me has abierto las sombras del sepulcro. Pueblo mío, ¿en qué te ofendí? Con efecto, el que soltó los torrentes y los ríos, padeció sed; el que avivó las llamas de los soles, frío; el que vistió las azucenas de los valles, desnudez; el que doró las espigas en los surcos, hambre y miseria; el que á su creador soplo encendió las almas inmortales, más etéreas que las estrellas, pasión y muerte, por todo lo cual el Redentor había sido crucificado, no solamente con los clavos del suplicio, con las ingraticudes del pueblo. Y así acaloraban los espíritus aquellos reaccionarios, haciendo que las gentes olvidaran cómo los pueblos había hecho á los Reyes y no los Reyes á los pueblos. Obediencia, culto, vidas, haciendas, tributos, el derecho puesto por Dios en cada hombre al nacer, la suerte de sus hijos, todo lo había el pueblo arrojado á las plantas del Rey, sin enterarse en dónde se hallaba la verdadera soberanía y quien era el verdadero soberano, hasta que las grandes ideas filosóficas lucieron en las zarzas ardientes del Oreb, entre los voraces incendios de la revolución. Pero quitadle á un pueblo romántico educado en el culto á la Monarquía, una idea tan absurda como la superioridad nativa del Rey sobre sus vasallos, aunque no les distinga de éstos lo que distingue al pastor del rebaño.

Dos ideas combatieron en tan tremendo choque, la idea del derecho humano y la idea del derecho divino. Los reyes aparecían empeñados en que sus coronas fueron forjadas arriba por los mismos ángeles que doraron del éter las estrellas; los pueblos aparecían empeñados de un modo instintivo, con la inconsciencia propia de su alma irreflexiva, en la indeliberación de sus aspiraciones, que, al darle Dios un alma, le había dado con ella un derecho natural, y que este natural derecho había sido usurpado por los reyes, convirtiéndolo de celeste diadema en pesadísimo grillete. La vieja idea tenía en su favor el pueblo de las lejanas campiñas, el ejército de los antiguos tiempos, el noble de los privilegios heredados, el clero en su totalidad casi, la Iglesia, la tradición, la costumbre, mientras la nueva idea tenía únicamente una muchedumbre inmensa de las ciudades, mal industrializada en lo que debía pedir, mal dirigida por muñidores de barrio que la sobreexcitaban, fácil de caerse desde la izquierda, sin transición, á la derecha, desirviendo con su ignorancia la misma causa que servía y que amaba con su corazón. Así, al salir el pueblo de las Tullerías, después de aquel estruendo tan fragoroso y de aquellos remolinos tan huracanados, salía preguntándose qué hiciera y para qué dentro del santuario entrara, volviéndose con sus manos limpias de todo desacato y dejando al Dios del templo profanado mucho más ensobrecido que cuando entrara la tremenda y avasalladora inundación popular.

CAPITULO ALFONSO